

LA EDAD DEL RUIDO

“Let the music do the talking”

Joe Perry

Nunca como ahora los humanos habíamos *escuchado* tanta música [1] es una afirmación que vale la pena analizar detenidamente; sobre todo en estos tiempos.

Es cierto que la música ha invadido prácticamente todos los aspectos de la vida humana; que a todo lugar que vamos encontramos parlantes vomitando sonidos incesantemente. Es cierto que “fuera de los programas musicales declarados como tales, la música juega en la televisión un papel parecido al de las emisiones verbales en la radio: la música como *tercera dimensión* sirve en las películas y anuncios televisivos, junto a la imagen y la palabra, de fondo acústico, de medio para la dramatización y portador de mensajes emocionales” [2]. Pero también es cierto que en ninguno de estos lugares la música es tomada como fin primero. En la radio de los buses el ruido suena, pero nadie *escucha*. En las películas existe música casi todo el tiempo, pero difícilmente nos damos cuenta, no la escuchamos, simplemente permitimos que nos conduzca a los estados de ánimo que son convenientes para el desarrollo del film; es una *tercera dimensión*, no es música.

Sonidos, por toda parte sonidos. Ruido, algarabía. Por todas partes nos llegan sonidos que en ocasiones ni siquiera alcanzamos a diferenciar. Es cierto; el ruido ha invadido todos los aspectos de la vida humana. Pero mientras las discotecas se llenan cada vez más de personas inconscientes que mueven sus cuerpos a la cadencia de ritmos sintéticos y amorfos, sin darse cuenta siquiera de que es lo que sale de forma tan potente y ensordecedora de los parlantes empotrados en la pared. Mientras más gente deja su radio

encendido durante todo el día para permitir que de él salgan en el más completo caos, pero perfectamente controlado de manera comercial, una sarta repetitiva e interminable de *canciones* interpretadas por los figurines comerciales del momento que suben como espuma de cerveza y se desvanecen de manera rápida y aburrida sólo para dar paso al siguiente hit del momento. Mientras esto sucede son cada vez menos las personas que realmente escuchan música, los que tienen la disposición de cerrar sus cerebros a todo tipo de percepción y realidad para quedarse a solas con sus oídos y permitir que las gloriosas notas que flotan alrededor invadan todo su ser alterando hasta el más lejano rincón de su existencia. Estos seres anacrónicos son cada vez más escasos, estos que de verdad escuchan, que de verdad se permiten navegar entre la densa mar de sonidos que acarician sus oídos; estos seres que realmente sienten la música y se dejan llevar por ella sin oponer resistencia están en vía de extinción.

La verdadera apreciación de la música se convierte en un ejercicio sensorial que en determinadas ocasiones exige demasiado del oyente. Esta es una de las razones, dado el innegable facilismo que caracteriza al hombre moderno, que hace de la verdadera apreciación musical un ejercicio practicado por pocas personas. Es de anotar que las personas que se dedican realmente a escuchar música se encuentran más fácilmente en los que de alguna manera podríamos llamar marginales. Es así como se puede ver que la música popular de marcada tenencia comercial y amplia radiodifusión, no deja más que tarareadores inconscientes de canciones.

El verdadero escuchante se convierte en un cultista, una persona que tal vez sobre valora todo lo referente a su música. La música se hace fundamental, columna vertebral de su existencia. Casi podríamos decir que se vuelve celoso con sus posesiones, no es bien visto a sus ojos que cualquier persona, muchas veces considerados indignos, tenga acceso a sus conocimientos y posesiones musicales. El cultista tiene como fin primero la música como tal, en su concepción global. Siempre, dado el caso, está dispuesto a darle oídas a otras cosas lejos de las acostumbradas a sus oídos, siempre y cuando lo considere productivo, no como el fulano desprevenido que siempre se opone a los sonidos desconocidos, que siempre ha emitido su juicio antes de escuchar. Es a estas personas a las que el cultista no quiere mostrar sus más preciadas posesiones, a las que se niega a exponer sus sentimientos porque es sabido de antemano que todo será en vano, que todo será un malentendido, que será una pérdida de tiempo. El cultista es temeroso de ofender a su música exponiéndola frente a estas personas, al mismo tiempo que la responsabilidad de ser el expositor de su máspreciado bien también lo atemoriza.

Encontrándose el cultista en este estado de aislamiento es fácil comprender la fuerte cohesión que existe en los grupos de afinidad musical que conforman, ya que estos son los únicos lugares donde pueden hablar de su música libremente y compartirla sin ningún temor o egoísmo. De esta forma la música hace un importante aporte sociocultural, dado que estos grupos terminan desarrollando su propia ética, un lenguaje común, y en la gran mayoría de los casos hasta una ética especial y distintiva.

Pero a pesar de su dedicación y exhaustivo análisis sobre la música, el cultista pone las sensaciones y los sentimientos sobre cualquier tipo de apreciación teórica que se pueda hacer al respecto. Con la música las palabras sobran, están de más. El cultista prefiere dejar que la música hable por sus propios medios, que sea ella la que se exponga, la que se defienda, la que transmita su propio significado sin intermediarios, sin filtros, sin manipulaciones ni conducciones de ningún tipo, porque como es bien sabido existen tantas interpretaciones sobre un tema musical como oyentes del mismo. Es por esta razón que el cultista prefiere encerrarse

en sus viajes místicos guiados por melodías y las sensaciones que estas crean a las pesadas charlas y conversaciones que siempre se quieren crear.

Encarcelados por gusto propio en este mundo de melodías, los cultistas permiten que la música llene sus vidas y usen y abusan de ella. No puede ser de otra forma. Son ellos las únicas personas que en estos días son consientes de la omnipresencia del sonido que en forma de ruido infernal está atacando siempre nuestros oídos, pero sabiéndolo, son también los únicos que se sobrepone a esto y permiten a la música que invada de forma real y completa sus existencias, eliminando el ruido y revalorizando la música como tal, como un hecho por si misma, no como acompañante necesario de segundo orden de nada.

Si bien se dice que “el 94 % de los jóvenes de una ciudad capital como Bogotá (entre los 16 y los 24 años) escuchan habitualmente rock” [3] (cifras infladas y exageradas por demás) podemos estar seguros que el número de verdaderos escuchantes es mucho menor; que el número de cultistas del rock en una ciudad capital en Colombia es bien reducido. Cientos de personas oyen a diario en las diferentes emisoras de la ciudad cosas que suelen llamarse rock, pero, es realmente rock?, realmente escuchan? En este sentido el rock que por una razón u otra se aleja de los cánones comerciales del momento se convierte en un genero marginal de música. Siendo así, el rock es uno de esos afortunados géneros que logran despertar en sus verdaderos seguidores pasiones dignas de culto y que van más allá de la objetividad. Es en este punto donde se ve reconocida y revalidada la calidad musical del rock por parte de sus escuchas, que en medio de su incansable batalla ya le han abierto a su música un lugar en la historia.

BIBLIOGRAFIA

- [1] López R. Oscar. Música y sociedad.
- [2] Rahue Hermann. Música “pop” y canciones de moda. Tubinga. Revista EDUCACIÓN, No 38, 1988.
- [3] Instituto Distrital de Cultura y Turismo de Santafé de Bogotá, 1998.